

Y sacudiéndolo, veo  
Que estaba todo bordado  
De hebras de oro fino y terso,  
Y unas letras que decían:  
«Soy de la hija de Venus.»  
Confuso quedé al mirarlo,  
Y discurrendo que el dueño  
Mas arriba quedaria,  
Y que era mujer de cierto,  
Seguí la fresca corriente,  
Cuando á pocos pasos veo  
Que entretenida una dama  
Estaba con un pañuelo  
Mojándolo en la corriente.  
Helado quedé y suspenso  
Al ver tan rara belleza  
Sola, en aquellos desiertos.  
Ocultéme entre unas ramas,  
Donde víde por lo ménos  
Que era la dama de prendas,  
Y á medio vestir el cuerpo.  
Traia una manteleta  
De muy rico terciopelo,  
Con guardapiés de damasco,  
Y de plumaje un sombrero.  
Levantóse en pié la dama,  
Dió una vuelta, y echó ménos  
El guante que yo tenia:  
Siguió la márgen de presto,  
Y llegando junto á mi,  
Yo salgo de entre lo espeso.  
Confusa quedó de verme,  
Y dijo:—; Válgame el cielo!  
Si puede haber quien me ampare,  
Hágalo usted, caballero.—  
Yo le dije:—Hermosa dama,  
Encanto de estos desiertos,  
Pasmo de estas soledades,  
Y de estas selvas lucero,  
;Qué haces sola en este sitio?—  
Y me dijo:—Caballero,  
Escucha, y te contaré  
Mi tragedia en breve tiempo,  
Porque estás en gran peligro:  
Y así digo lo primero:  
Cómo en Córdoba nací,  
Y es mi padre un caballero  
Muy noble, pues que posee  
La encomienda de Carrero.  
Tiene mi padre una quinta  
Cuatro leguas, poco ménos,  
De Córdoba, en unos montes  
Situada en lo mas espeso  
De la gran Sierra-Morena,  
Y este es mi comun paseo.  
Saliendo pues una tarde  
Alegre á tomar el fresco,  
Y llevando dos criados,  
Llegamos en breve tiempo  
No muy lejos de la quinta,  
Cuando de repente vemos  
Que estaba junto á nosotros  
Un bravo animal sangriento,  
Un oso, cuya bravura  
Causaba terror al verlo.  
Los tres caímos en tierra,  
Y cuando volví en mi acuerdo  
Me hallé en estas espesuras,  
Sin que tuviese remedio;  
Y para que me alimente  
Me trae blancos y tersos  
Panales de miel y cera,  
Y con ellos me sustento.  
Esto es lo que me sucede;  
Y ahora, por Dios, te ruego  
Que te apartes del peligro,  
Porque si el bruto sangriento  
En este sitio te halla,  
Te dará la muerte fiero.

Ve á mi casa, y á mis padres  
Reliéreles el suceso.—  
Yo la dije:—Hermosa dama,  
;Qué bruto, ni qué sangriento  
Animal será bastante  
A librarse del incendio  
O rayo de mi escopeta?  
Y así, si quieres que luego  
Te saque de este peligro,  
Sígueme y no tengas miedo.—  
Tomándola por la mano,  
Sigo la márgen de presto,  
Y al cabo de breve rato  
Vino el oso, y la echó ménos,  
Y rastreando las huellas  
Corrió el monte como un trueno:  
Nos divisó, y dió un bufido  
El irracional, tan fiero,  
Que se estremeció la selva.  
La dama en aqueste tiempo  
Se quedó toda turbada,  
Y el irracional sangriento  
Para quitarnos las vidas  
Se fué acercando lijero  
Encrespando la guedeja;  
Y asestándole de presto,  
Dándole licencia el muelle  
Disparó el cañon violento  
Cinco saetas de plomo,  
Que al animal en el pecho,  
Sin respetar su braveza,  
Le abrieron cinco agujeros,  
Que por el menor la muerte  
Pudo anchurosa entrar dentro.  
Dió un bufido, y al instante  
Midió con su cuerpo el suelo,  
Y volviendo en sí la dama,  
Me echó los brazos al cuello:  
—Bizarro joven, decia,  
El ser tu esposa prometo  
En pago de esta fineza.—  
Yo la respondí:—Lo acepto.—  
Nos dimos palabra y mano  
De esposos, y prosiguiendo  
Me dijo:—Toma esta cinta,  
Que días há que la tengo  
Para el que fuere mi esposo;  
Y si no quieres creerlo,  
Ella dirá la verdad,  
Y quedarás satisfecho.  
El guante que mio tienes  
Guardalo, que en algun tiempo  
Podrá ser de que te sirva.  
Quédate en paz, dulce dueño,  
Y mira que no te olvides,  
Que á la cuarta noche espero  
En mi quinta, en una reja  
Que tiene unos maceteros  
De fragantes azucenas;  
No hagas falta, pues te espero.—  
A breve rato en el monte  
Vimos venir con estruendo  
Nueve hombres á caballo,  
Y la dama conociendo  
Ser su padre y dos hermanos,  
Y otros de acompañamiento,  
Que la venian buscando,  
Me dijo:—Querido dueño,  
Conviene que ahora te apartes,  
Porque al primer movimiento  
Han de quitarte la vida,  
Y no conviene que á ellos  
Hagas frente en este sitio.—  
Ocultéme entre lo espeso,  
Sin ser visto de ninguno;  
Y llegando en breve tiempo  
Los que vienen á caballo,  
Con alegría y contento,  
Muy gozosos la abrazaron,

Y en otra segunda parte  
Daré fin á este suceso.

(Rosaura la del guante, etc. Pliego suelto.)

† Ambos romances de Rosaura la del guante están hechos como relacion de comedia.

1284.

ROSAURA LA DEL GUANTE Y DON ANTONIO NARVAEZ.— II.

(Anónimo.)

Ya dije en la primer parte,  
Noble y discreto auditorio,  
El peligro en que me víde;  
Y aunque sali de él airoso,  
Me hallaba confuso y triste,  
Imaginativo, absorto  
En Córdoba, y sin saber  
De Rosaura, y de este modo  
Adquirí alguna noticia.  
Sagaz, astuto y mañoso  
Solicité la amistad  
Muy estrecha con un mozo  
De la casa de Rosaura,  
Y este me refirió cómo  
A Madrid se la llevaron:  
Aqui quedé pesaroso  
Por saber de que su padre  
La prometió afectuoso  
En Madrid á un caballero.  
A buscarla me dispongo,  
Y tomando de mi casa  
Doscientos pesos en oro,  
Disponiendo mi viaje,  
Pronto en camino me pongo.  
Salgo de Córdoba, y entro  
En aquel espeso toldo  
De la gran Sierra-Morena,  
Aquel pirámide bronco,  
Aquella torre de ramas,  
Aquel vergel tan frondoso  
De árboles, flores y plantas:  
Busco á Rosaura entre troncos,  
Loco y sin sentido, y digo:  
—Montes, valles, sierras, monstruos,  
Aves que volais, decidme  
Con vuestros picos sonoros:  
;Pasó por aqui Rosaura?  
No me la negueis, piadosos.—  
No hallando á mi mal consuelo,  
Breve las jornadas corro.  
Entré en Madrid una tarde,  
Y aqui quedé mas absorto,  
Por hallar en este sitio  
Gentío tan numeroso,  
Porque buscar á Rosaura  
En sitio tan populoso  
Era buscar una aguja  
En ese intrincado golfo.  
En fin, pasé á una posada,  
Tomo cuarto y me acomodo;  
Di principio á mis intentos,  
Examinándolo todo.  
Los balcones de Palacio  
Registro muy cuidadoso,  
Pues como Rosaura era  
Encanto tan prodigioso,  
Me pareció que en Palacio  
Depositarla era poco.  
En Madrid pasé tres meses  
De este referido modo,  
Sin saber en qué paraje  
Existe la que yo adoro.  
En fin, pasé á despedirme  
Del lucero prodigioso  
De Atocha, sagrada Reina,  
Madre de Dios poderoso.  
Entré en su templo una tarde,

Y de aquel sitio se fuéron.  
Yo me quedé en la espesura,  
Confuso, triste y suspenso.  
Saqué la cinta de seda,  
Desdobléla, y un letrado  
Hallé en ella que decia:  
«El que de esta fuere dueño,  
Tambien será de Rosaura.»  
Esposo, queriendo el cielo,  
Quedé alegre con la cinta,  
Y en breve á mi casa vuelvo;  
Y montando en un caballo,  
Una tarde, cuando Febo  
Quería ocultar sus luces,  
Vuelvo á buscar á mi dueño.  
Dile pues vista á la quinta,  
Y alli me estuve encubierto  
Hasta que la oscura noche  
Tendiera su manto negro.  
A un árbol até el caballo  
Porque no anduviera inquieto:  
Le eché porcion de cebada  
En la capa, y con secreto  
Paseé toda la quinta;  
Llegué al referido puesto  
Del balcon, hice una seña,  
Y la dama con anhelo  
Salió á él, y me dijo:  
—Amante y querido dueño,  
Conviene ya que esta noche  
Me saques, porque sé cierto  
De que mi padre me tiene  
Prometida á un caballero  
De Madrid: esto no dudes.—  
;Pero, ay fortuna, qué presto  
Me trastornaste en tu rueda!  
Tu inconstante movimiento  
A un vaiven hace infelices  
A los que dichosos fuéron:  
Así lo hicistes conmigo,  
Pues un criado, á este tiempo  
Que me vió hablar con Rosaura,  
Por ser fiel, ó parecerlo,  
Creyendo ladrón seria,  
Entró adentro como un trueno,  
Y dando cuenta á su padre,  
Al punto se previnieron  
Los que estaban en la quinta,  
Con palos y armas de fuego,  
Saliendo para matarme,  
Ignorando yo el suceso.  
Disparáronme dos tiros;  
Pero dieron en el suelo  
Las balas, y yo animoso  
Me opuse con todos ellos.  
Disparo mis carabinas,  
Y á uno quité el aliento,  
Hiriendo á los dos hermanos  
De la dama; y conociendo  
Que era una cosa imposible  
El salir con el empeño  
De llevarme yo á Rosaura,  
Me escapé de todos ellos.  
Fui donde estaba el caballo,  
Monté en él pronto y lijero,  
Y á Córdoba dí la vuelta;  
Pero como estaba ardiendo  
En amores de Rosaura,  
A cada instante mi pecho  
Se encendia en vivas llamas  
Pensando en mi amado dueño.  
Quise volver á buscarla,  
Y de cierto me dijeron  
Cómo su padre agraviado  
Del referido suceso  
Una noche la sacó  
Sin saberse adónde fuéron.  
Del modo que yo quedé,  
Considérelo el discreto;

Y á su sagrado me acojo,  
Diciendo:—Sacra Princesa,  
Madre de los hombres todos,  
Si conviene que Rosaura  
Sea mi esposa, en vos pongo  
Hoy todas mis esperanzas,  
Pues que soy vuestro devoto.—  
Esta peticion la hice,  
Y salgo de allí lloroso,  
En ocasion que pasaban  
Dos coches, y cuidadoso  
Miro por las vidrieras,  
Y en el uno reconozco  
Y veo cómo es Rosaura;  
Aquí quedé muy gustoso  
Pareciéndome soñaba:  
Sigo el coche presuroso,  
Y en breve tiempo llegaron  
A un palacio suntuoso,  
Donde bajando del coche  
Adentro se entraron todos.  
Confuso quedé en la calle,  
Y preguntándole á un mozo  
Que se entraba con las mulas:  
—Dígame usted, pues lo ignoro,  
¿Es de Córdoba esa dama  
Que entró dentro?—Dijo pronto:  
—Verdad es lo que usted dice,  
Es de Córdoba, y há poco  
Que vino acá esa señora:  
Mi señor es tío propio  
Suyo, y la tiene tratada  
De casar con un famoso  
Caballero aquí en Madrid.—  
Vertiendo llanto mis ojos  
Fui á mi cuarto, y discurrendo  
Arbitrios, trazas y modos  
Para que sepa Rosaura  
Que estoy en Madrid, dispongo  
Lo mejor, que fué comprar  
Cuatro cintillos de oro  
Muy ricos, y un cofrecillo  
Pequeñito y muy curioso.  
Meti dentro los cintillos  
Y el guante que en el arroyo  
Perdió Rosaura, y la cinta  
Que ella me entregó á mi propio  
Cuando la encontré en el monte;  
Y resolviéndome á todo,  
En el nombre de su padre  
La escribí de aqueste modo:  
«Hija Rosaura, permitan  
«Los cielos tan poderosos,  
«El que estas letras te hallen  
«Como deseo yo propio;  
«En casa, para servirte,  
«Quedamos todos gustosos.  
«Te envío cuatro cintillos  
«Muy ricos de fino oro,  
«Y la cinta que me diste,  
«Que te guardara yo propio.  
«Bien te acordarás, Rosaura,  
«Del guante que en el arroyo  
«Perdiste, también le envío,  
«Y todo lo lleva un mozo.»  
No escribí mas, y con esto  
Cierro la carta, y le pongo  
La llave á mi cofrecillo;  
Tomé la calle, y ansioso  
Llegué al postigo, y tocando,  
Al instante bajó un mozo,  
Y le dije:—Compañero,  
De parte de Don Antonio  
De Carrero, que reside  
En Córdoba, traigo un poco  
De recado á una señora,  
Y allá me dijeron cómo  
Residia en esta casa.—  
Al punto respondió el mozo;

—No se puede ver ni hablarla.—  
Yo le dije:—Importa poco,  
No necesito de verla,  
Ni hablarla tampoco; solo  
Diga usted á esa señora,  
Que si mañana á las ocho  
No ha escrito carta, no puedo  
Llevarla, que me es forzoso  
El partirme yo á esa hora.—  
Respondió:—Lo diré pronto.—  
Tomó el cofre y lo entró dentro;  
Yo me despedí gustoso,  
Y pasé toda la noche  
Revolviendo promontorios  
De pensamientos, y el día  
Vino con rojos asomos.  
Llegué al postigo, y tocando,  
Con pasos muy presurosos  
Salió Rosaura, y con ella  
Salen otras seis ú ocho.  
Pasmada quedó de verme;  
Salióle el color al rostro,  
Y me dijo:—Caballero,  
¿Sois de Córdoba?—Y respondo:  
—No, señora, pero soy  
De cerca de sus contornos,  
Y asisto para servirlos  
En el arroyo del Oso.—  
Dijo Rosaura:—Ya he visto  
Este sitio montuoso.  
Pues dígame usted á mi padre  
Que no sea perezoso  
En ejecutar lo escrito.—  
Y con disimulo airoso  
Me dió Rosaura una carta,  
Que decía de este modo:  
«Aunque en nombre de mi padre  
«Me escribes con tal rebozo,  
«El guante y la cinta dicen  
«Que eres mi querido esposo.  
«Supuesto que me has buscado  
«Tan atento é ingenioso,  
«Has de saber, dulce dueño,  
«Que mi tío cauteloso  
«Me ha tratado casamiento  
«Con un caballero mozo  
«De aquí de Madrid; mas tú  
«Has de ser mi amado esposo.  
«Para esta noche á las doce,  
«Dueño mio, vendrás solo,  
«Y en una reja que tiene  
«Dos palmas, estarás pronto  
«En hacer alguna seña,  
«Que ese es mi retiro propio,  
«Y una cuerda de diez varas  
«Has de traer, que es forzoso  
«Bajar desde la azotea,  
«Y aunque el paso es peligroso,  
«Atropellaré peligros  
«Porque tu seas mi esposo.»  
No dijo mas, y con esto  
Quedé, señores, tan loco,  
Que llegué casi á dudar  
Fuera mio tanto gozo.  
Previne pues mi partida,  
Y la maleta dispongo:  
De la posada me salgo,  
Y acompañándome un mozo,  
Discurre por los paseos  
Por no parecer ocioso,  
Y dando el reloj las doce,  
Al sitio fui presuroso.  
Llegué al postigo, y tocando,  
Con presteza y alborozo  
Asomé ella, y me dijo:  
—Amante y querido esposo,  
Recibe esa ropa, y dame  
La cuerda.—Y se la di pronto.  
Aseguróla, y bajando

Con un denuedo animoso,  
Yo la recibí en mis brazos,  
Y de allí marchámos pronto.  
Al otro siguiente día,  
Diligente y cuidadoso,  
Hallé un coche que pasaba  
A Córdoba de retorno,  
Donde iban un caballero  
Y una señora, gozosos  
De haber un pleito ganado.  
Nos recibieron gustosos,  
Y refiriéndoles luego  
Rosaura el suceso todo,  
A su casa nos llevaron,  
Y quiso pasar él propio  
A darle cuenta al Obispo,  
Y como padre amoroso  
Mandó que nos desposaran,  
Y fué ejecutado pronto.  
Compusieron las partes,  
Quedando todos gustosos;  
Y Don Antonio Narvaez  
A tan plausible auditorio  
Pide perdón de sus yerros,  
Que confiesa no habrá pocos.  
(Rosaura la del guante, etc. Pliego suelto.)

## 1285.

ANTONIO MONTERO Y DIEGO DE FRIAS.

(Anónimo.)

A la Virgen del Rosario  
La suplico me dé alientos  
Mientras mi lengua declara  
El mas notable suceso  
Que en la ciudad de Antequera  
Le sucedió á dos mancebos:  
El uno es Diego de Frias,  
Y el otro Antonio Montero.  
Eran ambos muy amigos,  
Y de muy cercauo deudos:  
Era Montero casado  
Con Doña Juana de Cueto;  
Blanca y rubia es como un sol,  
Y de lindo entendimiento;  
Discreta, entendida y sabia;  
Mas aquel dragon soberbio  
Siempre tiró á derribarla  
Armando trazas y enredos,  
E hizo que se enamorase  
Diego de Frias, teniendo  
Harta cabida en su casa:  
De amores andaba muerto,  
Hasta que le dijo un día:  
—Si tú pagaras mi afecto,  
Fueras dueña de mis bienes,  
Pues ya sabes que los tengo.—  
La dama le respondió:  
—¡Mira que Antonio Montero  
Es tu amigo, y si lo sabe  
Mala fortuna tendrémos!  
Mas al fin yo daré traza  
Para que juntos estemos.—  
¡Ingrata mujer y frágil,  
Que quebrantando el precepto  
De tu esposo, diste entrada  
Al galán! ¡Jesus, qué yerro!  
¡Tirano, alevé, que haces  
A tu amigo verdadero  
Una crueldad tan grande,  
Sin reparar en el riesgo!  
Gozáronse algunos dias  
Con muchísimo contento,  
Y como Montero es hombre  
De reputacion y empeño,  
Temiendo que no lo sepa  
Toman galas y dineros,  
Y en un lijero caballo

Una noche se salieron.  
Camino van de Sevilla  
Estos dos amantes tiernos:  
A aquella ciudad llegaron,  
Allí pusieron su asiento,  
Y en una casa vivian  
Con muchísimo secreto.  
Volvamos ahora á Antequera  
A declarar el suceso,  
Pues cuando Montero vino  
Y halló su mujer de menos,  
Aquí de coraje tiembla  
Y se abrasa en vivo fuego;  
Por boca y ojos echaba  
Volcanes de vivo incendio.  
Ya se retuerce las manos,  
Echando mil juramentos  
De no cortarse la barba  
Ni vestir camisa al cuerpo,  
Hasta que matase á aquel  
Que maltrataba su crédito.  
Mas de dos meses pasaron  
Sin pasearse Montero  
De día, sino de noche  
Las diligencias haciendo,  
Hasta que alcanzó á saber  
Que en Sevilla están de cierto.  
Ya se remuda de ropa,  
Y por no ser descubierto  
Se pone unas barbas canas,  
Que le tapan todo el pecho;  
Un jubon ojeteado,  
Que lleva arrimado al cuerpo;  
Un gaban de paño pardo,  
Con mas de dos mil remiendos,  
Entre los cuales llevaba  
Cuatro volcanes de fuego;  
Un afilado cuchillo  
Previno para su intento;  
Una monterilla vieja,  
En medio un casco de acero;  
Una capa mal formada,  
Un bordoncillo, y pidiendo  
Limosna se fué á Sevilla,  
Y á ella llegó bien presto,  
Donde estando con cuidado  
Las diligencias haciendo,  
Un día en San Salvador  
Tendió la vista Montero,  
Y viendo allí á su enemigo  
Los pasos le fué siguiendo.  
Le vido entrar en su casa,  
Preguntó, y supo de cierto  
Que era allí donde vivia,  
Y retirándose luego,  
Le escribió una carta falsa  
Con mas de dos mil enredos.  
De Don Francisco de Frias,  
Tío de aqueste mancebo,  
Hurtó la firma, y la puso,  
Por hacer mas bien su hecho.  
En punto de la oracion  
Llegó á la casa Montero,  
Y dando un golpe á la puerta  
Le bajó á abrir el mancebo.  
Vido un viejo venerable  
Todo de canas cubierto,  
De ropas muy mal fardado,  
Y los ojos por el suelo:  
—¿Qué se ofrece, padre honrado?  
Le dice al fingido viejo:  
¿Qué cuidado acá os trae?  
El, remudado de luego,  
Como que no le conoce,  
Preguntaba por él mismo.  
Yo soy, le dice al instante,  
Y fingiendo cumplimientos,  
Sacó del pecho una carta,  
Y besándola en el sello,

Se la dió. Diego de Frias,  
El sobrescrito leyendo,  
Rompe su nema, y prosigue  
Estas palabras leyendo:  
«Sobrino del alma mía,  
»Mil años te guarde el cielo  
»Y te libre de enemigos  
»Que contra tí están opuestos.  
»Yo, tu tío Don Francisco,  
»Te envío á decir questo:  
»Que en Antequera se sabe  
»Que en Sevilla estás de cierto,  
»Por lo que á buscarte van  
»Montero y algunos deudos.  
»Quiero traerte á Carmona,  
»Que allí mismo yo te espero,  
»Y en la casa de un amigo  
»Vivirás con gran secreto  
»Y nosotros descuidados,  
»Que son tantos los lamentos  
»De tu madre y tus hermanas,  
»Las discordias y los pleitos  
»De parte de tu enemigo,  
»Originados del hecho,  
»Que me obligan á venir  
»A ponerte en salvamento.  
»Con el portador saldrás,  
»A quien encargo el secreto,  
»Porque ántes que venga el alba  
»Estés de término adentro  
»De Carmona, porque en ella  
»Estarás libre del riesgo.  
»El cielo os guarde, sobrino,  
»Los años de mi deseo.»  
Se quedó el mozo elevado,  
Muy pensativo y suspenso;  
La mujer sale y le dice:  
—Mira no sea algun enredo.  
—No es enredo, la replica,  
Que tengo conocimiento  
Que esta firma es de mi tío,  
Y hemos de ir sin remedio:  
Lo que conviene es, señora,  
Que al portador regalemos.—  
Aprestaron el caballo,  
Y aquella noche salieron  
Por la puerta de la Carne  
Dama, galan y escudero.  
¡Oh desgraciada señora!  
¡Oh malogrado mancebo,  
Que no sabes la desgracia  
Que va en tu acompañamiento!  
Mas en llegando á la venta,  
Ya que el alba iba rompiendo,  
Dijo el galan á la dama:  
—Aquí un rato sosegaremos.—  
Dice Montero: —Eso no:  
Pues vamos con tal secreto,  
¿Quiere usted parar en venta?  
Mas adelante pasemos.—  
Toman una oculta senda  
Por unos montes espesos  
De pinos y de jarales.  
A las umbrías de un cerro  
Volvió Montero la cara,  
Y dice: —Aquí es bien paremos,  
Para que estemos seguros  
De todos los pasajeros.—  
Se apearon del caballo  
Los dos muy amantes tiernos,  
Diciéndose mil cariños,  
Veneno para Montero.  
Dice el galan á la dama:  
—Dulce regalado espejo,  
Almorcemos, que ya es hora.—  
Entonces sacó Montero  
Dos furiosas carabinas  
De los cosidos remiendos;  
Se quitó la mascarilla

De las barbas, y el mal gesto,  
Y en altas voces decía:  
—Yo soy Antonio Montero.—  
La mujer, que a questo oyó,  
Cayó redonda en el suelo:  
Diego de Frias turbóse,  
Quiso hablar, mas el aliento  
Le faltó, pues le dispara  
Una pistola á este tiempo,  
Que las penetrantes balas  
Le atravesaron el pecho,  
Revuelto entre fuego y sangre,  
Estas palabras diciendo:  
—¡Confesion, que me has matado!  
Perdona, amigo Montero;  
No me acabes de matar;  
Tráeme los sacramentos:  
El alma es la que te encargo,  
Y pague el delito el cuerpo.—  
Mas él, tirano y aleve,  
Vengativo, horrible y fiero,  
Se arrojó, y con el cuchillo  
Le ha cercenado el pescuezo,  
Y las vergüenzas le corta  
Por hacer mejor su hecho.  
Se fué á la mujer, que estaba  
Casi difunta en el suelo:  
De los cabellos la agarra,  
Dos mil injurias haciendo;  
La dice: —¡Falsa enemiga!  
¿Qué es de mi honor? ¿qué le has hecho?  
¡Traidora, tú pagarás,  
Pues de esta suerte me veo,  
Tu perfidia y tu delito  
Conforme al merecimiento!  
Las cabezas les cortó,  
Y entrambos brazos derechos,  
Y en un baul que llevaban  
De las prendas y el dinero,  
Metió estas cuatro alhajas,  
Vacando lo que está dentro;  
Y montando en el caballo,  
Mas breve que un pensamiento  
Hacia Antequera camina  
De este caso satisfecho.  
A las doce de la noche  
Llegó á su casa Montero,  
Y por cima de las puertas  
Con duros clavos de hierro  
Fijó cabezas y manos,  
Y las vergüenzas en medio,  
Con un letrero que dice:  
«Lo hizo Antonio Montero  
»Por restaurar lo perdido  
»De su pundonor y crédito:  
»De esta suerte los maté;  
»En tal parte quedan muertos.»  
Volvió la rienda al caballo,  
Se fué á Málaga derecho;  
Sentó plaza de soldado  
Con muchísimo contento,  
Y sirve al Rey en la guerra,  
Haciendo notables hechos.  
A otro día, cuando el alba  
Se levantó de su lecho,  
Cuantos por la calle pasan  
Quedan confusos y yertos.  
Dieron cuenta á la justicia,  
La cual acudió de presto:  
Los señores admirados  
Despacharon por los cuerpos,  
Donde les dan sepultura.  
A questo sirva de ejemplo  
A las señoras mujeres  
Y á los galanes mancebos,  
Que no se precien de amar  
Cosa que tenga otro dueño.  
(Antonio Montero y Diego de Frias, etc. Pliego  
suelto.)

1286.

ROSAURA LA DE TRUJILLO.  
(Anónimo.)

Sobre una alfombra de flores,  
Cercada de hermosas plantas,  
Adonde las avecillas  
Tienden sus pintadas alas,  
Y con su música alegre  
Al Rey del cielo dan gracias;  
En aqueste prado ameno,  
En este mar de abundancia,  
En este pecho que cubre  
Dos mil afligidas causas  
Como las que os contaré,  
Si el cielo santo me ampara;  
Porque se sepa su nombre  
Será preciso nombrarla;  
En la gran Sierra-Morena,  
De tantos delitos capa,  
Amparo de aquel que ofende,  
Defensa del que mal anda,  
Me puse sentado un día,  
Cansado de andar á caza,  
Arrimado á un duro tronco,  
Discurriendo en cosas varias,  
Quejoso de la fortuna  
Que con rigor me maltrata.  
Oí una voz temerosa  
Que sonaba en la montaña,  
A orillas de un arroyuelo  
Que con las breñas se enlaza.  
Estuve atento por ver  
Si era de persona humana,  
Y comprendí que decía  
Estas siguientes palabras:  
—Tirano Amor, pues tú has sido  
La causa de mi desgracia,  
Dispara tus duras flechas  
Contra el que así me maltrata.  
Amante falso y traidor,  
¿Cómo me dejas sin causa  
En tan terrible miseria,  
Y de la muerte cercana?  
Sacra Virgen del Rosario,  
Mi princesa y abogada,  
Alcauzadme que confiese,  
Porque no peligre mi alma.—  
Puse al rostro mi escopeta  
Bien prevenida de balas;  
Por el eco de la voz  
Llegué á parar donde estaba:  
Vi una temprana belleza  
A un duro tronco amarrada,  
Desmelenado el cabello,  
Y de ropas despojada.  
Cuando vi tal hermosura  
No pude hablarla palabra.  
Viéndome ella tan suspenso,  
De aquesta suerte me habla:  
—Llega, mancebo, y no temas,  
Que soy persona humana,  
Y mis pecados me tienen  
En el sitio en que me hallas:  
Desátame, y te diré  
Mi pena, fatiga y ansia,  
Y tambien los alevosos  
Que son de mi mal la causa.—  
Compadecido en extremo,  
Con una daga afilada  
Corté los gruesos cordeles  
Que á aquel ángel sujetaban.  
Me quité al punto el gaban,  
Y encima se lo arrojaba,  
Cubriendo sus blancas carnes,  
Que con el sol se comparan.  
Mirando á un lado y á otro,  
Vide estar entre unas matas  
La ropa, que siempre fué

De aquel desengaño causa.  
Ella suspira y solloza,  
Pidiendo al cielo venganza;  
Y mirándola, la dije:  
—Por Dios, hermosa Diana,  
Por la Virgen del Rosario,  
Que me digas lo que pasa.—  
Agradecida, responde  
Estas siguientes palabras:  
—Has de saber, noble jóven,  
Que en Trujillo fui criada:  
Hija soy de un caballero,  
Que Don Diego se llama,  
De Castro por apellido,  
Que es de lo mejor de España.  
Mi madre, Doña Isabel  
De Mendoza intitulada,  
Y por gusto de padrinos  
A mí me llaman Rosaura,  
Tan amada en mis principios  
Como ahora desgraciada.  
Vivia pared en medio,  
Mas abajo de mi casa,  
Un hijo de un Labrador  
De hacienda algo moderada,  
Mozo, galan y valiente,  
Discreto y de linda traza,  
Que se llevó mi afición  
Y me amó con vigilancia;  
Mas como las cualidades  
Unas con otras no igualan,  
Tuve lugar una noche  
Para escribir una carta,  
Dándole á entender por ella  
Que me saque de mi casa,  
Y que sea con secreto  
Y con cautelosa maña.  
Mas el alevoso amante  
A un primo suyo le daba  
Cuenta, que traidor é infame  
Fué causa de mi desgracia.  
A los catorce de agosto  
Me sacaron de mi casa,  
Bien prevenida de joyas  
Y de muy costosas galas,  
Como al presente las ves,  
Que ellas mismas lo señalan.  
Cinco dias caminamos  
Cabales con sus jornadas,  
Hasta llegar á este sitio  
Encubridor de mi infamia.  
Aquí los dos desmontaron  
Con intencion muy dañada:  
Para marchitar la rosa  
Que de algunos fué envidiada.  
Me desfloraron... ¡qué horror!  
¡Jesus, qué suma desgracia!  
Sin temer la justa ira  
Del Señor que nos miraba.  
Luego el alevoso primo  
Dijo que me desnudara;  
Así que en carnes me vieron,  
Entrambas manos me atan,  
Y él, sacando una pistola,  
El fuerte muelle levanta  
Para quitarme la vida,  
Mas mi amante lo estorbaba,  
Diciendo: —No quiera el cielo  
Que, pues yo he sido la causa  
De que esta doncella pierda  
Su honor, se haga tal infamia.  
Aquí la pienso dejar  
Entre estas espesas matas  
Acompañada de fieras  
Que por estas breñas pasan,  
Y ellas la darán la muerte  
Mal merecida y sin causa.—  
Se fueron y me dejaron  
Como la flor en la escarcha,

Tres dias ha no comía  
Cosa que me dé sustancia,  
Sino las amargas yerbas  
Que con la boca alcanzaba.  
Esta es mi historia, y te pido  
Te duelas de mi desgracia;  
Que me acompañes y lleves  
A la ciudad mas cercana,  
Porque desde allí pretendo  
Se castigue aquesta infamia.—  
Por la mano la tomé,  
Y á una quinta la llevaba,  
Donde la di de comer  
De lo que allí se encontraba,  
Y en seguida la ofrecí,  
Con mano leal y franca,  
Mi ayuda y un buen caballo  
Que mas que el viento volaba,  
Y el valor de mi persona  
Para ir en su compañía.  
Dispusimos el viaje,  
Y sin detenernos nada,  
A Córdoba dimos vista  
Haciendo allí nuestra entrada  
Por la puerta del Rosario,  
Donde al tiempo de dejarla  
La eché los brazos al cuello,  
Y de esta suerte la hablaba:  
—Adios, y le ruego al cielo  
Que sea tu dicha tanta,  
Que logres tu buen deseo,  
Y despues la gloria santa.—  
Ella respondió: —Mancebo  
Noble, la Virgen te valga,  
Y tu accion heróica premie  
El alto Rey de la gracia.—  
Sentóse en el duro suelo  
Aquella rosa temprana  
Aguardando por minutos  
La aurora de la mañana  
Para arrojarle animosa  
Al intento que llevaba.  
Fué á casa de Don Francisco  
De los Rios, noble rama,  
Y á un criado le preguntó  
Si está su señor en casa,  
Y al punto la respondió:  
—Su merced está en la cama.—  
Sin aguardar mas razones  
Allá dentro se arrojara,  
Y arrimada al blando lecho,  
De aquesta suerte le habla:  
—Conocerás, señor mío,  
A la que distes el agua  
Del bautismo allá en Trujillo,  
Y la pusiste Rosaura?  
Has de saber que yo soy  
La que nunca se criara,  
Pues fui la mujer mas frágil  
Que se ha visto en toda España.  
Por fiarme del amor,  
Perdido mi honor se halla:  
Mira bien mi tierna edad  
Que de quince años no pasa;  
No mires el mal sarmiento,  
Sino el árbol donde baja,  
Que si bien lo consideras  
Cierta será la venganza.  
Dos traidores me han robado,  
Sacándome de mi casa,  
Y me han quitado el honor  
En Sierra-Morena brava.—

Oyendo esto Don Francisco,  
De la cama se levanta,  
Y al punto llama á un criado,  
Que un caballo le ensillara;  
Y ántes de partir dispuso  
El dejarla con su hermana  
Recogida en un convento  
Que de Santa Isabel llaman.  
Camina luego á Trujillo,  
Y un criado le acompaña,  
Que quiere entrar de secreto  
Porque no se sepa nada.  
Fuése á casa de Don Diego;  
Alegre le saludaba,  
Y luego le preguntó  
Por su querida Rosaura.  
Le respondió pensativo  
Don Diego aquestas palabras:  
—Habrá unos ocho dias  
Que se salió de mi casa,  
Sin poder hallar persona  
Que me diga dónde para,  
Y era en mi casa el espejo  
En que todos se miraban.—  
Oyendo esto Don Francisco,  
Sacó del pecho una carta  
Y á Don Diego se la dió,  
Que la recibe y abraza;  
Y mirando el sobrescrito,  
De puro gozo lloraba,  
Porque conoció la letra  
De su querida Rosaura;  
Pero dentro iba el pesar,  
Que es cosa muy ordinaria  
Que no hay placer sin disgusto  
En aquesta vida humana.  
Abrióla, y hallando dentro  
Los alevos que la agravian,  
Al señor Corregidor  
Cuenta del caso le daba.  
Al instante los prendieron,  
Y sustanciada la causa,  
El juez con recta justicia  
A muerte los condenara.  
Los meten en la capilla,  
Y llorando al cielo claman  
Pidiendo misericordia  
A la Virgen soberana.  
Los sacaron de la cárcel  
Por las calles ordinarias,  
Diciendo: —Esta es la justicia  
Que nuestro monarca manda  
Se ejecute en estos hombres,  
Pues hicieron tal infamia.—  
Llegaron hasta el suplicio  
Con ánimo y vigilancia;  
Subiéronlos á lo alto;  
Ellos con mortales ansias,  
Antes de acabarse el Credo,  
A Dios entregan sus almas,  
Y despues en los caminos  
Ponen sus cabezas ambas,  
Para ejemplo de atrevidos  
Y escarmiento al que mal anda.  
Luego el noble Don Francisco  
Se volvió á su amada patria,  
Y Rosaura en un convento  
Con ejemplar vida pasa.  
Aquí dió fin esta historia  
De la infelice Rosaura.

(Rosaura la de Trujillo, Pliego suelto.)

SECCION DE ROMANCES VULGARES QUE TRATAN DE CAUTIVOS  
Y RENEGADOS.

1287.

DON JACINTO DEL CASTILLO Y DOÑA LEONOR  
DE LA ROSA.—I.

(Anónimo.)

Sagrada Virgen María,  
Antorcha del cielo empero,  
Hija del eterno Padre,  
Madre del snpremo Hijo,  
Dame tu divina gracia,  
Pues de véras te lo pido;  
Da luz á mi entendimiento  
Y á mi torpe pluma brio,  
Para que á escribir acierte  
El caso mas peregrino  
Que celebran los anales,  
Ni en las historias se ha oido.  
Sucedió en la gran Coruña,  
El mejor puerto lucido  
Que tiene el mar en su margen,  
De mil alabanzas digno.  
En esta ilustre ciudad  
Nació de padres altivos  
Doña Leonor de la Rosa,  
A quien el cielo propicio  
Se esmeró en dibujarla,  
De manera que al sol mismo  
Se le opuso en su hermosura  
Este encanto de Cupido.  
Fué tan grande su belleza,  
Que pasaba á ser prodigio,  
Pues no hay hombre que la mire  
Que no se quede rendido.  
En la casa de sus padres  
Con el recato debido  
Se crió, y apénas tuvo  
Los quince abriles cumplidos,  
Cuando amor tiró una flecha,  
Quedando herida del tiro;  
Que la mujer que es hermosa  
Trae la desgracia consigo,  
Pues bastó llamarse Rosa,  
Que pocas rosas he visto  
Que no mueran deshojadas  
A manos del precipicio.  
La causa fué un caballero,  
Don Jacinto del Castillo,  
Tan galán como bizarro,  
Valiente cuanto entendido.  
Este dió en galantearla  
Con fiestas y regocijos:  
La dama le corresponde  
Con amorosos cariños,  
Que enamorada y rendida  
Estaba de Don Jacinto,  
Y con palabra de esposa  
A su amante satisfizo.  
Todas las noches se hablan  
Por un balcon, que testigo  
Era de sus muchas penas,  
Y como amantes tan finos,  
Descansa el uno con otro  
Repetiendo mil cariños.  
Dejemos en este estado  
A Leonor y Jacinto,  
Gozándose en los coloquios  
Que el amor trae consigo;  
Y paso pues á dar cuenta,  
Y digo que Don Francisco,  
Que era padre de esta dama,

Ya tenía otros designios  
De dársela á un caballero,  
Que era muy rico y su amigo.  
Aqueste fué Don Fernando  
De Contreras, que rendido  
De la singular belleza,  
Del encantado prodigio  
De la hechicera Leonor,  
Determinóse, y le dijo:  
—Señor Don Francisco, yo  
Como hombre solícito  
Alcanzar favores vuestros,  
Si merecen que lo activo  
De la bellissima mano  
De Leonor, que tanto estimo,  
Con el renombre de esposa,  
Me otorgueis como os lo pido.—  
Y Don Francisco que estaba  
Deseando aquello mismo,  
Al momento se la ofrece  
Prometiéndole de fiyo  
Con ella dos mil ducados  
En plata y en oro fino.  
Quedóse así, y Don Fernando,  
Contento y agradecido,  
Alegre se despidió,  
Y al momento Don Francisco  
Se partió para su casa:  
Dándolas cuenta y aviso  
A su mujer y á su hija,  
Muy alegremente dijo:  
—No sabes tú, Leonor,  
Hija del corazon mio,  
Cómo te tengo casada,  
Que será tu gusto y mio,  
Con Don Fernando Contreras,  
Hombre rico y bien nacido?  
Es noble, afable y discreto,  
Como tú, Leonor, lo has visto  
Solo aguarda tu respuesta  
Para dársela al proviso.—  
Y Leonor, como tenía  
Las potencias y sentidos,  
El corazon, vida y alma  
En su amante Don Jacinto,  
Fué á responder y no pudo,  
Que la fuerza de un delirio  
La traspuso en un desmayo  
Envuelta en un parasismo.  
Aquí el coral de sus labios  
Eran de jazmin los visos,  
Las rosas de sus mejillas  
En nieve se han convertido.  
Apénas vuelta en su acuerdo,  
A Leonor su padre vido,  
Volviendo segunda vez  
A tratar de lo que ha dicho:  
—Acaba, Leonor, acaba,  
Responde á lo que te digo,  
Porque Don Fernando está  
Idolatrando tu hechizo.  
Es noble, muy poderoso,  
Como ya te he referido;  
Te hará dueña de su hacienda,  
Tendrás descanso y alivio;  
Esto se ha de hacer por fuerza,  
Si no quieres por cariño.—  
Ella derramando llanto,  
Hechos sus ojos dos rios,  
Desabrochando palabras,